



Críticas de cine

por Juan Zapater (www.ghostintheblog.com)

Eneko, el buen rey

IRATI
Dirección y guión: Paul Urkijo Alijo. Intérpretes: Edurne Azkarate, Eneko Sagardoy, Itziar Iturio, Nagore Aranburu, Elena Ruiz y Iosu Eguskiza. País: España. 2022. Duración: 114 minutos.

En algo menos de dos horas Paul Urkijo se pasea por los recovecos de la mitología vasca. Pero, además, se mete en el barrizal de querer narrar en clave fantástica la batalla de Roncesvalles, aquella en la que la armada francesa de Carlomagno, con Roldán en la retaguardia, tras conquistar medio mundo, fue derrotada por un ejército formado en auzolan por montañeses vascos, soldados cristianos y tropas sarracenas.

No contento con esto, que solo es el comienzo, Urkijo sacude las bases del origen de la historia de Navarra y tiene tiempo para desgarrar una emocionante historia de amor entre dos seres condenados a vivir en dos mundos irreconciliables. En el último plano, cuando el personaje de Eneko pasa de ser interpretado por Eneko Sagardoy, a ser encarnado por Patxi Bisquert, el director alavés alcanza uno de esos gestos inolvidables de inusitada y sobrecogedora tensión poética.

Es en ese instante postrero cuando se nos revela algo evidente; Paul Urkijo parece estar hecho de la misma e insólita pasta que alimentó y alimenta, por citar un ejemplo, al Evaristo de La Polla Records. O si se prefiere, estamos ante un caso radical de autenticidad creativa. En este caso, un pura sangre del relato audiovisual. Sabemos pues que

Irati ha sido pilotada por un kamikaze empeñado en surcar el viento que le viene en gana. Ya lo había avisado cinco años antes con *Errementari*, el relato del infierno, sus demonios y sus cadenas. Pero Urkijo, además, no está solo.

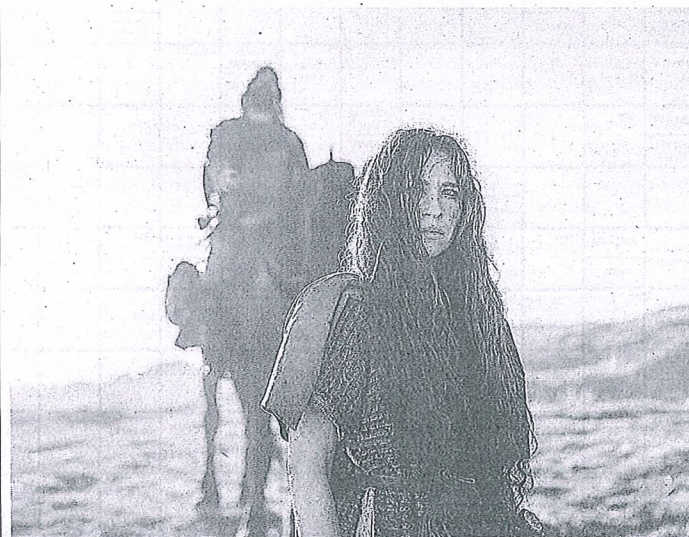
A su lado, todos esos ingredientes y oficios que confluyen en la expresión cinematográfica desprenden entusiasmo, calidad, y una insólita y armónica capacidad de aportar. En esta película por evidentes razones, todo suma. No hay cálculos, ni estrategias, ni concesiones. En *Irati* no estamos ante un direc-

tor que trata de agradar a su audiencia. Quien nos abre la puerta a este periplo pasional e imaginario aunque mantenga respeto por lo real, es un narrador pasional empeñado en recrear aquello que lo conforma. Se comporta como un Barandiarán punkie y un Miyazaki euskaldun. Como el último romántico de un siglo empeñado en enterrar todas sus esperanzas.

Desde el punto de la producción, «Irati» parece un despropósito. En el tiempo donde las grandes plataformas invierten cifras de vértigo para hacer *Juego de tronos*, *Vikingos*

y demás sagas pseudomíticas, Paul Urkijo levanta, desde su pequeña aldea, una película ambientada en el siglo VIII, ese tiempo de oscuridad donde el cristianismo terminó por enterrar la magia de lo pagano. En la encrucijada donde los musulmanes llegaban hasta el Pirineo y más allá y donde los anales escritos dudan ante una verdad histórica que la academia universitaria discute con cada nuevo descubrimiento, se pone de relieve que aquel tiempo se nos escapa en la noche de la tormenta. Armado con esa licencia, Urkijo ensaya un relato donde el rigor histórico se funde con la imaginación fabuladora. Da igual que lo que cuenta *Irati* (no) haya sido exactamente así. También se desliza por la niebla del tiempo el hacer de Robert E. Howard con su *Conan*, el Eneko de *Irati* evoca al Conan de Milius. Tampoco las andanzas del *Excalibur* de Boorman se ajustaron a ningún canon (com)probado. Menos aún las sombras de *El señor de los anillos* o los delirios del Aronofsky de *La fuente de la vida* y *Noé*, del que Urkijo retoma influencias y reformula trucos.

Se puede percibir de qué manantiales riega Urkijo su imaginario, pero lo que sorprende es su capacidad de imponer una voz propia que solo pretende hacer lo que le nace de las entrañas. Ese juego narrativo con el que Paul Urkijo se dio a conocer ha empezado a crecer de manera prodigiosa y tiene en *Irati* una película ante la que solo cabe dejarse llevar por sus múltiples capas. En *Irati*, el eco histórico trata de abrazar a la verdad mítica; y por supuesto que hay un paso adelante en la concepción épica donde el hacer de hombres y mujeres se equilibra. En *Errementari*, el director de Gasteiz sublimaba su historia con el humor; en *Irati*, se sirve del amor para redibujar una épica que no se ceba en lo cruel sino en la necesidad de aceptar lo que se escapa de lo sabido. ●



Edurne Azkarate, la Irati que da título a la película y Eneko Sagardoy, el rey de Navarra, encabezan un amplio reparto al servicio de una fábula medieval que mezcla historia y leyendas.

Ellas se van

ELLAS HABLAN (WOMEN TALKING)
Dirección y guión: Sarah Polley. Novela: Miriam Toews. Intérpretes: Frances McDormand, Rooney Mara, Claire Foy, Ben Whishaw, Jessie Buckley, Judith Ivey y Sheila McCarthy. País: EEUU. 2022. Duración: 104 minutos.

Desde el primer segundo, preluado por las informaciones que se nos han ido dando, las simpatías están con esta película que, pese a la humildad de su producción, ha sido nominada para el Oscar. Sarah Polley, bien conocida por su hacer como actriz con Isabel Coixet, Atom Egoyan, David Cronenberg, Michael Winterbottom y Terry Gilliam, o por su trabajo como directora: *Lejos de ella*, (2006), se sirve de la obra de Miriam Toews, una fábula anacrónica que acontece en 2010. Sin embargo, sus maneras parecen del siglo XIX. De esa paradoja surgen datos a una cuestión hoy y ahora vertebral: la reivindicación feminista.

Ubicada en el corazón de una comunidad menonita, escrita por Miriam Toews, ella fue la Esther de la película de Carlos Reygadas *Luz silenciosa* (2007), la visión que aquí se impone pone cerco estrecho al patriarcado cristiano anabaptista con rasgos y formas que evocan el universo

distópico de *El cuento de la criada* de la también canadiense Margaret Atwood, de quien Polley ya adaptó *Alias Grace*. Así se podría decir que en este *Ellas hablan* se proyectan las sombras de tres narradoras; la citada Polley, directora y guionista, Miriam Toews, la autora de la novela adaptada, y Margaret Atwood, una de las escritoras más inspiradoras e influyentes de las últimas décadas; su universo señala el norte de *Ellas hablan*.

Y lo que aquí acontece, en forma de cuento terrible bajo el largo parlamento deudor del proceso retórico de *Doce hombres sin piedad*, y de lo que ellas hablan, es del lobo feroz. Un lobo al que no veremos nunca en el filme, pero al que las leyes de la comunidad, el mandato de ese dios monoteísta y patriarcal, exige que esas mujeres violadas perdonen si pretenden alcanzar el paraíso. Tres caminos se imponen en ese debate que mira al dios patriarcal: callar, luchar o irse.

Tres opciones para un proceso dialéctico de carpintería teatral y vocación simbólica, que se debaten en un análisis feminista levantado con vocación didáctica y escasa emoción. El filme se sabe sobrado de razones, aporta buen material para el debate y la reflexión, pero reprime la pasión y se muestra inerte. Como ese lobito bueno, el maestro, el único hombre ilustrado y no feroz, condenado a una soledad paranoica. ●

Rima y metaverso

ANT-MAN Y LA AVISPA: QUANTUMANÍA
Dirección: Peyton Reed. Guión: Jack Kirby y Jeff Loveness. Intérpretes: Paul Rudd, Evangeline Lilly, Michelle Pfeiffer, Michael Douglas, Jonathan Majors, Kathryn Newton y Bill Murray. País: EEUU. 2023. Duración: 125 minutos.

Con cada nueva entrega se abre más y más la brecha que separa el público iniciado con el proyecto Marvel-Disney de quienes se han ido alejando de él o, simplemente, no lo soportaban. De momento, los primeros hacen buena caja y evidencian una fidelidad extrema. Basta con ver cómo, al final de cada nueva entrega, las salas que suelen quedar vacías en cuanto aparecen los créditos, permanecen con el 80% de quienes han entrado, expectantes ante lo que no es sino un guiño sobre lo que vendrá en las siguientes aventuras. Su persistencia da garantías de que el negocio nunca cesa. Pero esa misma fidelidad, esa perseverancia acrítica, da licencia a hacer más de lo mismo en la mayor parte de las veces con una presumible tendencia a la reiteración y la nada.

Desde que se empezó a aplicar el metaverso a sus guiones, salvo alguna feliz excepción –*Spiderman*–, todo ha ido a peor. Con el

metaverso asesinaron al verosímil. Con él en fuera de juego, los guiones solo deben atender esas querencias de la audiencia vengan del mundo del videojuego, de la televisión, el *merchandising* o la música. O sea, hay que estar al día.

Los productores de *Ant-man y la Avispa: Quantumanía* –hablar aquí del director con influjo de autoría parece impropio–, hace tiempo que renunciaron a ser fieles a quienes les dio la semilla de su fundamento: Jonathan Swift. Precedido por enanos, duendes y demás seres imaginarios de escasa estatura, debemos a Swift una de las ideas más seminales sobre el tamaño y la escala humana en el contexto de la naturaleza. Y hablar de Hawking, su historia del tiempo y esa cáscara de nuez que sería el universo, podría sonar hiperbanal, pero resulta incontestable que una reescritura a lo *Reader's Digest infantil* empapa esta maquinaria Marvel que prelude el cataclismo final. En eso estamos, con las trompetas del Apocalipsis resonando en cada nueva entrega Marvel, con el miedo en los huesos y la esperanza en el metaverso y la multiplicidad. Lo cuántico como arca de la alianza empeñada en dividir al mundo entre los nuestros y quienes nos amenazan. En *Quantumanía* la familia que lucha unida permanece unida. Esa es la ley universal que mueve este principio maniqueo y belicista que proclama el progenitor, el hombre hormiga, cuando (nos) recuerda que él nunca peleará contra (el Capitán) América. ●